

LA EVOLUCION SOCIO-ECONOMICA DE LA EUROPA OCCIDENTAL Y EL MOMENTO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Escribe: JUAN FRIEDE

Paralelamente a la evolución política de Europa hacia la formación de nacionalidades regidas por los monarcas, se produjo un significativo cambio en la vida económica de aquellos países. La economía medieval se basaba esencialmente en la producción de los bienes necesarios para el consumo local. El comercio continental, es decir, el intercambio con otras comunidades, era restringido y difícil, y entrabado además por el orden feudal, cuyos señores cobraban impuestos y derechos por la "protección" que otorgaban a los viajeros que atravesaban por sus territorios, e imponían tasas a los mercaderes que acudían a las ferias de ciudades o villas o a lugares señalados al pie de las murallas de los castillos. Los abusos y depredaciones estaban al orden del día y más, desde que las guerrillas intestinas entre los señores aumentaban la inseguridad del tránsito, y entre la nobleza empobrecida se formaron grupos de asaltantes que vivían del bandidaje (Raubritter). El comercio, carente del suficiente medio circulante, debido a la escasez de oro y plata, no dejaba de ser bien precario.

Desde tiempo atrás surgieron en la Europa central y occidental mercados fijos emplazados en diversos puntos estratégicos; cruce de caminos, vados de los ríos, puertos naturales del mar, castillos, conventos e iglesias. En los días señalados llegaban a estos lugares los mercaderes para intercambiar sus mercancías y pagar sus deudas. Alrededor de aquellos se habían formado aldeas o ciudades habitadas por artesanos que elaboraban las materias primas compradas en los mercados anteriores, y pequeños mercaderes que abastecían la "ciudad" y sus alrededores, o compraban los productos a los campesinos para venderlos en los mercados. Estos centros comerciales estaban protegidos por el señor del territorio, que gozaba de los derechos que le significaba este tipo de actividades.

De acuerdo con el limitado campo de producción y consumo y con el "dirigismo" que correspondía a la mentalidad medieval, estas ciudades imponían a sus habitantes normas fijas en el ejercicio de su profesión. Los que ejercían un oficio se unían en gremios que limitaban las actividades de sus miembros, de acuerdo con las necesidades de la comunidad. Se obstaculizaba el cambio de oficio y el paso de un gremio al otro. Se esta-

blecían reglamentos para mantener la producción de artículos fabricados dentro de los límites de la demanda. A los maestros —capa dirigente de los gremios— se les permitía tan solo emplear un número limitado de oficiales, elaborar solo una cierta cantidad de materia prima y emplear medios técnicos precisos para la producción. La distribución de los artículos fabricados tenía asimismo varias limitaciones: a los mercaderes se les imponía un “justo precio” a que debían vender los artículos; se prohibía el comercio y el acaparamiento de materias primas; no se permitía que el capital ganase intereses, etc. El ayuntamiento, institución administrativa y, a veces, judicial de la ciudad, velaba celosamente por el cumplimiento de estas disposiciones a fin de no alterar el orden establecido. Cada ciudad era un núcleo económico más o menos cerrado y autosuficiente, sin que se evidenciase la necesidad de un nutrido intercambio con sus vecinos. La vida de una ciudad medieval se regía por un principio económico que correspondía también a las enseñanzas de la iglesia medieval: los intereses de la comunidad prevalecían sobre los de los individuos que la componían.

En los albores de nuestro milenio comienza a operarse un cambio trascendental en la situación, por causas muy complejas, cuyo examen está fuera de este estudio. En el norte de Europa, en las orillas del Báltico y del Mar del Norte, se empiezan a agrupar las ciudades (Brujas, Brema, Hamburgo, Lubeck, Danzig y otras) en una unión, la “Liga Hanseática”, para protegerse mutuamente de las exacciones de los señores y para velar por la seguridad del comercio que ejercían. Mediante convenios multilaterales y agencias o factorías en los principales puertos y ciudades, la Hansa adquiere paulatinamente un apreciable poderío económico. Tiene sus propios barcos, marineros expertos y también soldados para protegerse de los piratas. Se inicia en gran escala la exportación de lana de Inglaterra, de hierro bruto de Suecia, de pescado seco y aceites de Noruega, de lino de Polonia, etc. Las materias primas, parcialmente elaboradas en Flandes, Alemania o en otros lugares, se encaminan a través del continente hacia grandes ciudades-estados: Venecia, Génova, Florencia y otros importantes puertos como Marsella y Barcelona, que mediante factorías establecidas en las costas orientales del Mediterráneo, importaban artículos procedentes del Lejano Oriente: telas finas, sedas, perlas, joyas y piedras preciosas y, ante todo, las codiciadas especias, empleadas no solo como condimentos sino también en la medicina. Damasco, Beirut, Trípoli y Alejandría fueron los principales depósitos de estas mercancías, las que aflúan por dos rutas: una terrestre, a través del Asia Central, y otra marítima por los puertos del Océano Indico.

A lo largo de las rutas que sirven para el intercambio entre el sur y norte de Europa, crecen y se fortalecen algunas ciudades, en parte fundadas ya bajo el Imperio Romano o bien establecidas alrededor de los mercados medievales. Estas ciudades constituían la etapa obligada en el comercio continental, contribuyendo a la seguridad del tránsito y atrayendo a los mercados los productos centro-europeos, tales como hierro, cobre, plata, oro, etc., y los artículos fabricados: herramientas y tejidos. Así se abastecen las regiones mediterráneas y se distribuye una infinidad de artículos orientales por toda Europa.

Poco a poco logran las ciudades un apreciable poderío económico y adquieren mediante convenios con sus señores o ciertas donaciones en metálico y, a veces, por medio de las armas, cada vez mayores mercedes y libertades. Pronto se rodean de murallas, alcanzan alguna autonomía en el gobierno interno (jurisdicción, elección de sus oficiales, acuñación de la moneda, etc.) e incluso el derecho de poseer milicia y soldados para protegerse. A ellas acuden campesinos libres o siervos de la gleba, para sustraerse de las exacciones de los señores, artesanos de los villorrios, en demanda de mejores posibilidades para sus actividades profesionales y también la baja nobleza rural, bien por haber perdido sus tierras, o bien para huir de la inseguridad reinante en el campo. A todos protegía la ciudad eficazmente, mediante disposiciones especiales. Pronto se tornan también las ciudades en centros de la vida intelectual, que eran antes el feudo de los monasterios o de las cortes feudales. Son las ciudades y la burguesía quienes toman parte en adelante en el mecenato de las ciencias y el arte, círculos anteriormente exclusivos de los señores feudales o de algunos potentados de la iglesia.

Las Cruzadas dan un extraordinario empuje al comercio intercontinental y al intercambio con el Oriente. Aquellas, aunque guiadas por el estandarte de la religión, como guerra contra los infieles, su fin económico era la ocupación del Oriente Medio, como escala del comercio con el Lejano: India, China y las Islas del Archipiélago Malayo, llamadas por antonomasia "de la Especiería". Y aunque fracasaron en sus fines políticos y religiosos, sucediendo a las Cruzadas graves y prolongados contra-ataques de los pueblos asiáticos, originaron el acercamiento económico y espiritual entre las grandes áreas de producción: la Europea y la Asiática.

El comercio internacional euroasiático forma luego, pese a las guerras que lo entraban, el principal impulso del progreso de la vida económica de la Europa Occidental. Abre un extenso mercado a los productos europeos y proporciona además una fuente de materia prima de primordial importancia: el algodón, que comienza a ser utilizado en Europa en la elaboración de tejidos, solo o en combinación con la lana, ya que la producción de ésta no alcanzaba a cubrir las necesidades de la demanda de una creciente población. Al deseo de conocer los lejanos mercados obedecen los viajes hacia el Oriente desde el siglo XIII, tanto por las rutas terrestres como también por las marítimas; aunque el transporte marítimo prosiga paralelo a la línea de las costas, sin que los navios se atrevieran a alejarse demasiado del litoral.

La evolución de la economía europea desde la languidez en que estaba sumida durante la Edad Media hasta el dinamismo adquirido durante el Renacimiento, va acompañada del perfeccionamiento de los medios técnicos de la producción, favorecidos por el incremento de la demanda de productos fabricados y por la concentración de los artesanos en las ciudades, que impulsa la inventiva. Progresa la producción minera e industrial mediante nuevas relaciones de trabajo: contratos y destajo. Se perfeccionan los telares, el tinte y acabado de los tejidos. Se descubren nuevas minas y se intensifica su explotación. En las transacciones comerciales, las cifras arábigas substituyen a los incómodos y engorrosos números romanos. Para la contabilidad de los negocios, cuyo volumen crece ininterrumpidamente,

se inventa el sistema de contabilidad por partida doble. El establecimiento de una amplia red de factorías o corresponsalías de las grandes casas comerciales que se expanden por toda Europa, incluyendo la Oriental, favorece la extensión de los negocios bancarios, haciendo superfluo el envío de oro y plata de una parte a otra, que se substituye por letras de cambio o cartas de viajeros. Se generaliza el empleo de los instrumentos de navegación: compás, astrolabio y cuadrante. La geografía y la astronomía se hacen más exactas. Se reeditan viejos y olvidados mapas y se traducen y publican antiguos tratados astronómicos, griegos y árabes. Se ensayan nuevos métodos cartográficos y se introducen innovaciones que contribuyen a su exactitud. Poco a poco la ideología medieval, que estrechaba la actividad económica y espiritual del individuo, cede terreno ante el derecho al pleno desenvolvimiento de sus capacidades personales y al goce del provecho que estas le puedan proporcionar. El concepto colectivista medieval que no concebía al hombre fuera de la comunidad, cede, para el bien o para el mal, a un concepto individualista, que rige aún actualmente la Europa Occidental.

La nueva situación produce en las ciudades el surgimiento de una poderosa clase social compuesta de comerciantes y empresarios: la alta burguesía, reclutada entre los maestros de los gremios que lograron reunir capitales y pasar al gremio de los comerciantes, y la baja nobleza rural que se trasladó a las ciudades para dedicarse al comercio e industria o para ocupar altos cargos administrativos o militares. La burguesía alcanza en la Europa central y occidental un poder económico incontestable sobre las demás capas sociales. Es la burguesía quien pronto se hace cargo de la explotación de las minas, la que adquiere propiedades rurales y la que financia las guerras entre los monarcas. Los representantes de los empresarios alemanes, italianos, holandeses, franceses, etc., pululan en las cortes de Europa, compitiendo entre sí o delimitando sus "zonas de influencia". El creciente costo de las guerras, el extendido aparato burocrático y el lujoso tren de vida de las cortes, hacen indispensable su financiación por la banca internacional; pues el régimen tributario conservaba todavía características medievales. Los lazos financieros que de esta manera se entablaron entre la alta burguesía y los estados europeos impusieron un sello decisivo a la política de los gobiernos, y con el sucesivo fortalecimiento de aquella, del Renacimiento en adelante, la burguesía mercantil-financiera, ejerció una influencia preponderante en la evolución económica y política de Europa.

España quedó a medio camino de la transformación que hemos esbozado. No creó una poderosa burguesía y conservó una estructura semi-feudal, en la cual la nobleza, dueña de un poder económico incontestable, decidía la política interior de toda la nación. Sin embargo, el estado, con intereses extrapeninsulares: Aragón, en Italia, y Castilla, en Africa, intereses acentuados con el advenimiento al trono imperial de Carlos V, no pudo sustraerse del régimen imperante en la política internacional, financiada por la burguesía. De ahí que España cayó bajo la dependencia del capital extranjero el que financiaba los crecidos gastos del erario y acaparó el comercio internacional. En la época del descubrimiento, la fu-

tura metrópoli era tributaria de este capital, antes de que las sucesivas bancarrotas de Felipe II hubieran de cerrarle, en parte, esta fuente de ingresos fiscales.

La fuga de oro hacia los países extrapeninsulares fue un poderoso elemento retardatorio para el desarrollo de la industria y comercio peninsulares y en varios aspectos afectó también la empresa colonizadora. La debilidad del erario público, que derivaba sus ingresos de un país "subdesarrollado", agrícola y pastoril, en el cual persistían amplias exoneraciones de impuestos para la nobleza y la iglesia —pese a ser estos los únicos estamentos sociales que hubieran podido proporcionarlos, dado el débil desarrollo de las actividades industriales y comerciales— impidió a los Reyes Católicos que prosiguiesen la colonización de América por cuenta del estado, como lo intentaron hacer al principio y como lo hizo Portugal en su empuje hacia el Oriente. La necesidad de acudir a la iniciativa privada, tanto en el descubrimiento como en la conquista de América, abandonando una acción estatal, introdujo métodos que jugaron un papel fatídico en los destinos del Nuevo Mundo.

Por otra parte, la presión de la deuda externa, reembolsable solo en oro en virtud de la falta casi absoluta de otros artículos de exportación, tuvo otra aciaga consecuencia sobre la empresa americana. La puso bajo el "signo de oro", considerándose la adquisición del precioso metal como su principal objetivo. Indujo al empleo de métodos violentos e inconsiderados, para arrebatar el oro a los indios y aprovecharse de manera acelerada de las nuevas tierras, ocasionando incluso la parcial destrucción de sus riquezas naturales, mediante una precipitada e irracional explotación, como sucedió con los criaderos de perlas y los yacimientos de piedras preciosas. Fue también una de las principales causas de una conquista sin ningún planeamiento, llevada a cabo de manera anárquica e irreflexiva, con desastrosas consecuencias para la población aborígen y para la gran parte de los colonos.

La pobreza del erario y su crecida deuda externa, indujeron asimismo a la frecuente pignoración anticipada de los despachos de oro procedentes de América y a los no menos frecuentes embargos del oro de los particulares y a "empréstitos gratuitos", más o menos forzosos; todo lo cual contribuyó a la desmoralización del incipiente comercio colonial.

Los siempre crecientes impuestos de orden netamente fiscal despojaban a las colonias de una buena parte del producto de su explotación minera, y así como en España la exportación de oro —consecuencia de una situación no remediable mediante leyes y disposiciones— entrababa la formación del capital nacional, originando el estancamiento de su desarrollo económico, asimismo los métodos fiscales empleados por la metrópoli, impidieron en las colonias el crecimiento de capitales líquidos, entrabando también en ellas el progreso de la industria y el comercio. Su economía tuvo que orientarse hacia la agricultura y la ganadería, convirtiendo las colonias, pese a sus riquezas naturales, en países secularmente "subdesarrollados", situación contra la cual luchan con éxito desigual incluso en nuestros días.

Bogotá, enero de 1963.